

# NO ONE SINGS LIKE YOU ANymore

TRIBUTO A CHRIS CORNELL  
(1964 – 2017)

**CUALQUIER MUERTE CAUSA UN IMPACTO, PERO LA DE CHRIS CORNELL, POR LO QUE HA TENIDO DE INESPERADA Y POR LAS EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS EN LAS QUE SE HA PRODUCIDO, HA SIDO ESPECIALMENTE DOLOROSA. NADA MÁS CONOCER LA NOTICIA, LE PEDIMOS AL MAYOR FAN SUYO QUE TENEMOS ENTRE NUESTROS COLABORADORES QUE ESCRIBIERA UNAS LÍNEAS EN SU MEMORIA. ÉSTE ES EL RESULTADO.** TEXTO: PABLO PORCAR FOTOS: DR

**L**O RECUERDO COMO SI FUERA AYER. 22 de mayo de 2009. Eran las diez de la noche y yo me encontraba, tembloroso, en la oficina de Rock-Zone, para hacer una entrevista telefónica. Por entonces tenía 25 años. Recuerdo exactamente cómo se me aceleró el ritmo cardíaco al sonar el fijo de Jordi Meya. Con aquella parsimonia que tanto y tan bien lo define, agarró el auricular, soltó un "no problem", y se despidió. Acto seguido se giró hacia mí y me sorprendió con un *plot twist* que ni en las primeras obras de M. Night Shyamalan. "Aún tendremos que esperar una hora más para la entrevista", me dijo.

Para Jordi podía ser un viernes más, pero no para mí. Aquella persona a la que 60 minutos después iba a acabar entrevistando era Jeff Ament, el bajista de Pearl Jam, uno de mis grupos favoritos de por entonces. Era la segunda entrevista que iba a hacer en toda mi vida, así que la situación rozaba lo surrealista. Al fin y al cabo, escuchar y reescuchar en bucle los aullidos de Vedder, sentir devoción hacia los huracanados riffs de Alice In Chains, o profesar puro amor hacia la abrasiva melancolía de Mad Season, en definitiva, la música de los 90, era lo que me había llevado a escribir sobre música y colaborar en Rock-Zone. Por eso la experiencia que viví aquella cálida noche fue de las religiosas. De aquellas que se impregnan

en la membrana cerebral y no se van ni con aguarrás.

Pero os debo ser completamente sincero. Si meses atrás había bombardeado a Jordi con *emails* mostrando mi portfolio, era precisamente para poder entrevistar algún día a otra figura de Seattle. A una voz. Aquella que reventó más de una vez nuestros bafles al sonar 'Spoonman' o que nos dejó anonadados al desgañitarse interpretando 'Hunger Strike'. Hablo obviamente de Chris Cornell, otro héroe musical que nos abandonó de forma súbita el pasado jueves 18 de mayo. Lo hizo completamente solo, en unas extrañas circunstancias que desafortunadamente han vuelto a avivar las llamas de aquel 'virus' que también se llevó a Andrew Wood, Kurt Cobain, Shannon Hoon, Mike Starr o Scott Weiland.

Para mí Chris Cornell siempre ha sido un referente, un ídolo. Es extraño tratar de explicarlo con palabras, pero el cantante lleva presente en mi vida, día sí, día también, desde mi adolescencia. Su música ha servido como fondo de millones de mis experiencias vitales. Descubrí por primera vez su potencia vocal a mediados de los 90. Bendita MTV... Aquel puntazo psicotrópico que caracterizaba el vídeo de 'Black Hole Sun' de Soundgarden me reventó la cabeza. Pero no fue hasta 1999 que empecé a desmenuzar lentamente lo ofrecido en la sólida discografía de aquella

banda antiguamente conocida como Nudedragons.

Desde entonces la perilla más icónica de Seattle me ha acompañado de forma constante en los últimos 17 años. De verdad, resulta una bendición poder asegurar que ha estado presente de una y otra manera en los momentos más clave de mi vida. Apoyándome en las caídas, y reforzándome en los periodos de máxima euforia. Recuerdo encarar todos los exámenes de mi etapa universitaria escuchando 'I Am The Highway' en un reproductor portátil. Quemar con frecuencia los temas de *Euphoria Morning* al ser golpeado por las siempre sufridas rupturas sentimentales. Y también aprender a realizar punteos con mi guitarra eléctrica gracias a la intro de 'The Day I Tried To Live'. E incluso en mi memoria retengo aquel instante en el que me alisté al Chris Cornell Street Team que se montó hacia 2006 en Europa. Promocioné tanto el sagrado nombre de Christopher John Boyle que gané dos entradas para verlo en directo en 2009 en Berlín, pero no pude llegar a presenciar ese concierto porque perdí el enlace del vuelo en el aeropuerto de Frankfurt (no pregunten, mejor será correr un tupido velo para no detallar tamaña desgracia...).

¡Qué buenos fueron los momentos viendo a Chris en directo! ¡Y qué bueno fue su primer concierto que presencié! Fue en la sala Store Vega



de Copenhague en 2007, y el tipo lo bordó pese a contar con una banda de *posers* desacompañados que no llegaban ni a la suela de los zapatos a Ben Shepherd, Kim Thayil y Matt Cameron. Cuando el cantante salió al escenario me quedé alucinado, y entendí al instante por qué tanta gente hablaba maravillas de la impresionante presencia escénica del artífice de *Badmotorfinger* o *Down On The Upside*.

No me extraña para nada que Cornell llegase a ayudar a Eddie Vedder a sacar lo mejor de sí sobre un escenario. Supongo que ya conocerán aquella famosa historia en la que el cantante se llevó a Vedder a tomar un trago para explicarle cómo debía afrontar un directo sin acobardarse... El contenido concreto de aquella conversación jamás saldrá a la luz, pero está claro que de alguna manera algo cambió en el vocalista de Pearl Jam y pasó de ofrecer con-

ciertos amorfinados a cascarse interpretaciones repletas de pasión, llegando incluso a sorprender a su audiencia con unos *stage diving* tan legendarios como el del PinkPop Festival de 1992.

Ése es sólo un ejemplo de por qué Cornell llegó a erigirse como el padrino de la escena grungera. Parecía tenerlo todo: poder de convocatoria, carisma, pasión hacia su oficio y una voz impecable. Sirvió como referente tanto para aquellos que surgían de su misma escena, como también para aquellos que se movían en esferas completamente diferentes. Era un mariscal, un duque que especialmente en esta última década sólo parecía sentirse cómodo escudándose bajo unas gafas de sol tintadas. Porque bajo una apariencia imponente se escondía un tipo discreto, muy ensimismado en su mundo interior. Como expresó recientemente Corey Taylor en una entrevista, "Cornell era

*súper molón. Era un tío muy calmado... incluso se podía decir que era casi tímido. Sólo salía de su caparazón cuando estaba encima de un escenario*".

Algo que siempre me agradó, fue su capacidad para ser respetado sin apenas abrir la boca. Y también su incuestionable compañerismo. No son muchos medios los que estos días se han hecho eco de ello, pero una de sus virtudes era la cordialidad que establecía con todos los allegados del entorno musical. Nada amante de polémicas gratuitas y de la verborrea barata, Cornell solía aprovechar su aparición en los medios para construir, y no para destruir. Incluso se mantuvo erguido en su postura en una etapa tan difícil de superar en lo profesional como la que arrancó al publicar *Scream* en 2009. Le pegaron palos por todos lados, pero se mantuvo ahí, en lo suyo. Sin perder la compostura, ni

tampoco las formas.

Admitámoslo, entre 2009 y 2010 fue un auténtico suplicio ser fan de Cornell. El trolleo que recibimos algunos fue constante. No sé si alguno de vosotros lo recordará, pero fui yo quien escribió la crítica de *Scream* que se publicó en esta misma revista. Creo recordar que le endosé a ese disco un 22 sobre 100, con toda seguridad la nota más baja que jamás he puesto a un disco. Aún a día de hoy me despierto en medio de la noche con sudores fríos recordando la terrible intro de 'Part Of Me' o aquello de "That bitch ain't a part of me". Madre mía...

Pero algo de bueno sacamos de todo este asunto. Creímos firmemente que en el futuro el de Seattle iba a arreglar el desaguisado de alguna manera, cual ave fénix resurgiendo de sus cenizas. Y lo cierto es que nuestro admirado artista consiguió enderezar el rumbo de su carrera. Lo hizo aferrando su mirada al retrovisor, y entendiendo que podía construir un porvenir a partir de lo ofrecido en septiembre de 2006 en la sala sueca de O'Baren. Como algunos ya sabrán, hablo del fabuloso acústico que realizó en tierras escandinavas, y que sembró el camino de cara a la concepción de *Songbook*. "Old pirates, yes they rob I...".

Ese cambio de tercio vino alineado con el retorno de Soundgarden, por lo que la credibilidad de la figura de Cornell fue ganando enteros de forma gradual a lo largo de esta última década. *King Animal*, el último disco de la banda publicado en 2012, nos sedujo a base de preciosos repuntes nostálgicos, y en paralelo sus giras en acústico fueron senc-



lla y llanamente espectaculares. Estas últimas nos demostraron que el músico era totalmente capaz de destriparse ante sus seguidores. De sacarse las entrañas, y deleitar a su audiencia con uno de aquellos crudos espectáculos que sólo los más grandes pueden concebir. Eso, se mire como se mire, tenía mucho mérito, más aún entendiendo los varapalos sufridos años atrás tras formalizar su puntual coalición con Timbaland.

Tuve la ocasión de verlo tocar en acústico en tres ocasiones diferentes. La primera fue en el teatro parisino Le Trianon en 2012. Jamás olvidaré

aquel día. Estaba con los ojos como platos, agarrado a la butaca como si mi vida dependiese del más ligero movimiento. De hecho, sólo me despegué de la misma para mostrar a mi venerado ídolo una pancarta en la que se podía leer el doble mensaje "Please sing 'Disappearing Act' / Sign my vinyl". Al estar en primera fila Chris lo tuvo fácil para verla y, tras permanecer en silencio unos cinco o diez segundos (prometo que se me hicieron eternos), el líder de Soundgarden agarró el micro. Explicó que iba a tocar "una canción que no había tocado" desde hacía mu-



cho tiempo, y acto seguido desveló a la audiencia que aquella pieza fue grabada para la banda sonora de la película *Bug*, más que para *Carry On*, su segundo álbum en solitario.

Siempre me cautivó esa canción y suelo entrar en YouTube para saborear aquel intenso minuto de 'Disappearing Act' presentado en los créditos del film. Así que imagináos cómo me quedé al ver cómo se arrancaba con una interpretación de la misma. Y más todavía cuando Chris se me acercó para firmarme mi copia en vinilo de *Songbook*. Se produjo tal locura en la sala que a Cornell no le quedó otra que plasmar su autógrafa en las entradas y discos al gentío que se agolpaba a mi alrededor en la primera fila. Con mi rotulador barato, claro está. Probablemente ahí se esfumaron los 2 euros mejor invertidos de toda mi vida.

Cuatro años después de vivir aquel emotivo show en tierras galas

sucedió lo inesperado: Cornell confirmó actuación en el Gran Teatre del Liceu de Barcelona. Lo hizo con motivo de la gira de *Higher Truth*, su trabajo póstumo, y suponía el primer paso por salas españolas desde 1999 (bien lejos quedaba aquella mítica actuación en el mítico Casino l'Aliança). Qué os voy a decir de ese concierto... Personalmente lo viví de forma óptima. En primera fila, con mi madre a mi vera. Fue mágico, con Cornell consiguiendo llenar todo un Liceu sólo con su guitarra, y con el único apoyo instrumental del cello de Bryan Gibson.

El día siguiente fui con un par de amigos a París para ver tocar al de Seattle una vez más en la Trianon. Tuve la suerte de coincidir con el músico, y su seguridad, en la puerta de embarque del aeropuerto de Barcelona. Yo, ni corto ni perezoso, me acerqué a él para que me firmase mi vinilo de *Euphoria Morning*, algo que el

día anterior ya había hecho después de la actuación del Liceu. La verdad es que fue un momento divertido. Era aquél que había estado esperando durante toda mi vida, pero se forjó de forma totalmente diferente a lo esperado. Recuerdo que le entré con un "Hi Chris, please, can you sign my album?". Al acceder gustosa y cordialmente a ello, un amigo mío, Iñaki, le preguntó si podía cambiar sensiblemente el *setlist* para esa misma noche respecto a la anterior. Yo estaba tan visiblemente nervioso que espeté impulsivamente un "no" en voz alta. Como si me hubiese poseído una sensación de vergüenza ajena, o algo así. Cornell se quedó parado, miró a mi amigo y soltó sorprendido un "él ha dicho que no". Aún me descojono recordando la reacción, y también lo estúpido que pude llegar a parecer en aquel preciso instante. Por cierto: el concierto en Le Trianon no llegó a alcanzar el nivelazo del de

Barcelona. Lógico, lo del Liceu fue de otro planeta. Pero nos dejó algún que otro detallito de los majos, como una bella interpretación de 'Wide Awake'.

Después ha venido la evaporación absoluta. Y el más sentido dolor.

Personalmente, su pérdida me ha afectado por infinidad de motivos. Uno de los que más es que el carismático *frontman* contaba con sólo 52 años, y parecía encontrarse en un punto de su carrera que resultaba de lo más esperanzador. Cornell estaba cerca de concretar una gira europea con Temple Of The Dog, algo que muchos llevábamos esperando desde hace décadas. El sucesor de *King Animal* también estaba en ciernes, e intuíamos que tarde o temprano otro tour acústico iba a acabar cayendo. Eran tres vías que nos estaban inyectando ilusión en vena, y que nos hacían creer que quedaba Cornell para rato. Molaba pensar en él, e imaginarlo montando giras en un futuro bien

lejano. Con 70 añazos, voz quebrada e irradiando el mismo carisma que el primer día. Desgraciadamente todo se ha quedado en un mero sueño de una noche de verano...

No sé si lo veis como yo, pero me da la sensación que el desvanecimiento de esta leyenda ha sido especialmente sentida. El elemento sorpresa de este fatídico suceso ha hecho mella en aquellos que voluntaria o involuntariamente han crecido con su música. Y a su manera el efectismo de su defunción parece haber sentenciado a un semi olvidado fenómeno, el grunge, del que sólo quedan a flote Vedder, Lanegan y Cantrell. Extrañas, por no decir extrañísimas, son las sensaciones derivadas de su adiós.

Lo echaré mucho de menos, muchísimo. Pese a algún que otro encuentro en el camino (dichoso *Scream*), él siempre fue el faro que iluminó mi senda en el océano musical. Todo ha cambiado. Ya no podré planificar mis

vacaciones basándome en sus tours promocionales. Ni mostrarle una pancarta con el mensaje 'Disappearing One' escrito en ella (ésta es mi segunda canción favorita de su repertorio, también tatuada sobre mi piel). Ni tampoco podré insistirle a Jordi para conseguir una entrevista porque desgraciadamente esa oportunidad jamás llegará.

Y quizás sea mejor así. Porque guardar cierto secretismo relativo a su vida, y a sus canciones, le añade cierto encanto al asunto. Más aún viniendo de una figura como la de Cornell, que pareció tener un neblinoso mundo interior al que apenas nadie había tenido acceso.

Sea como fuere, gracias por todo, Chris. Ha sido todo un placer el compartir todo este largo viaje a tu lado. Pese a que no estés presente siempre tendrás tu corona en mi humilde morada. Siempre. Nos vemos allá arriba. Vuela alto, fenómeno. <sup>124</sup>